

El mus en las tabernas, las ferias de ganado, las partidas de bolo, las romerías, las verdaderas romerías, con sus culadas, sus *zirris*, con su vuelta, sus brincos y saltos a la caída de la tarde, el cielo rojo, las mejillas rojas, las boinas rojas, todo rojo, rojo como la sangre y como el vino, y el fondo verde, verde, agrio.

Nosotros tenemos el calor de dentro, no el de fuera. A los jóvenes artistas llenos de luz del Mediodía o de neurosis del Norte, establecidos allí, que dibujan bien y pintan bien, prefiero, aunque dibuje peor y pinte peor, algún pintor viejo que sienta nuestro país. Yo sé de más de un cuadro, sobre todo uno, de cuya factura nada diré, pero cuyo tono, cuyo espíritu es el nuestro: son dos aldeanos en una taberna.

El buen instinto de Trueba no le engañaba. El arte no es sólo la factura, eso es más bien oficio: el arte es la intuición del medio en que se vive, saber qué se pinta, dónde se pinta y para qué y quiénes se pinta. Las vírgenes larguiruchas, de color de lirio, pintadas con los colores del alba, de Fray Angélico; los sublimes mamarrachos del Ghirlandaio o del Giotto son más verdaderos, más reales en su idealidad que la verdad mentirosa de las vírgenes de Morelli.

Dicen que hay en el país vasco pintores jóvenes de grandes esperanzas. Si acertaran con el género aún se podría esperar algo. Fuera van a prepararse; el verdadero estudio debe empezar en su país; fuera han aprendido el oficio, el arte lo aprenderán dentro; la ciencia no tiene patria, pero el arte sí.

Yo prefiero un *maestro* mediano a un discípulo aventajadísimo. Los jóvenes traen la cabeza llena de las lecciones de los maestros de fuera, de los que les enseñaron a *hacer*; no han hallado aún al maestro de dentro, el que les enseñe *lo que hay que hacer*.

En Castilla, aquí son aficionados a dramones; nosotros a la jocosa comedia, al buen humor de sobre-